

I PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

ALARMA

1er trimestre 1973

Nueva Serie
FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

Boletín nº 24

ANTIGUAS ORGANIZACIONES Y NUEVOS GRUPOS

Al lado de la constante actividad huelguística del proletariado, y no sin relación con ella, la multiplicación de grupos políticos por toda España constituye uno de los hechos políticos más importantes y prometedores para el porvenir tanto mediato como inmediato. Están integrados, en general, por jóvenes, ya obreros, ya estudiantes, o bien por unos y otros unidos, y siempre manifiestan celosamente su independencia respecto de las antiguas organizaciones, que continúan siendo las únicas conocidas en todo el país.

Nosotros saludamos la aparición de tantos grupos como un hecho anunciador de la creación de un partido proletario fuerte por lo menos hasta donde es necesario para actuar en escala nacional con la política revolucionaria que la situación de España y del mundo requiere.

No vamos a adular aquí, ni mucho menos, a ninguno de esos grupos con vistas a atraérselos, ni siquiera a contemporizar con sus posiciones. Sólo la crítica, y a través de ella la coincidencia teórica, puede acarrear una integración orgánica que no sea una componenda oportunista, o estéril en el mejor caso de los casos. Digamos enseguida que no son sus posiciones políticas las que desuellan y miramos con simpatía, sino, precisamente, su independencia orgánica respecto de las antiguas organizaciones. Denota una instintiva y cierta desconfianza que mantenida, les dejará libertad de aprender y evolucionar ideológicamente, la cosa más importante para todo hombre rebelde o revolucionario en formación. Las antiguas organizaciones sin excepción, unas más, otras menos, cada una con su peculiar maticandela, imposibilitan todo aprendizaje y extinguen en sus adherente jóvenes la flama revolucionaria. La independencia en sí no garantiza nada, pero es paso obligado para abrirse camino adelante.

Es tan contradictorio como innegable que las posiciones políticas de los referidos grupos estén invariablemente influenciadas por las de las viejas organizaciones, cuando no son casi copia. Si excepciones existen, nosotros no tenemos conocimiento de ellas, lo que lamentamos, invitando al mismo tiempo a esos hipotéticos grupos a ponerse en relación con nosotros. La contradicción proviene de que todos son, antes que nada, un hecho empírico que se presenta a la mente de la mayoría de sus miembros como un conflicto de generaciones, mientras se nutren ideológicamente de lo que encuentran

como "política de izquierda" en el ámbito internacional, no otra cosa que productos y subproductos de la derrota de la revolución entre las dos guerras, aquello que segregan las organizaciones de la generación anterior. No obstante, como la existencia precede a la consciencia, esos grupos aprenderán y tenderán hacia posiciones revolucionarias, so pena de desaparecer, ora disolviéndose sin dejar huella, ora absorbidos por las antiguas organizaciones, que ya representan el orden capitalista del período posterior a Franco. Así pues, la incompatibilidad formal debe de transformarse en incompatibilidad de principios, en cuyo defecto, incluso un posible fortalecimiento orgánico de alguno o algunos grupos obstruiría pronto o tarde la actividad comunista del proletariado. Vendrían a desempeñar, en una palabra, el mismo papel que las antiguas organizaciones en el período anterior: netamente reaccionario de unas, oportunista y negativo el de otras.

La carencia de posiciones revolucionarias inequívocas por parte de todos los espontáneos es en realidad la postrer repercusión de la obra de las antiguas organizaciones, la del stalinismo en primer término, no sólo por ser la más derechista, sino porque disfruta de la enorme mendacidad propagandística del segundo de los Bloques imperialistas. La carencia no desaparecerá sino mediante una comprensión global y coherente de la misma, es decir, de cómo, por qué y por quienes el capitalismo mundial fué salvado y luego afianzado hasta consentirle su inflamamiento actual. Porque no se ha tratado de un simple derrota del proletariado por obra de su enemigo de clase. Esa le habría permitido una pronta recuperación. No, se ha tratado de algo mucho peor. Estando en pleno combate le tiraron por la espalda, y no sólo en sentido figurado, quienes se decían amigos y representantes suyos. A la extenuación física de la derrota añadióse la perversión de la ideas, que ha ido infiltrándose en proporciones diversas, durante decenios, hasta en los grupos y organizaciones dichos izquierdistas, los de la --o pro-- IV Internacional inclusives. A tal punto, que en la actualidad lo que se llama izquierda es parte de la reacción capitalista mundial, y lo que se llama izquierdismo no escapa a la influencia de la primera y está lejísimo de poder inspirar la lucha del proletariado en pro de su revolución.

En resumen, cualquier idea o actitud coincidente con las organizaciones "de izquierda" europeas o españolas será deletérea para los nuevos grupos, mientras que la filiación a los otros, o siquiera la afinidad de planteamientos, les obstruirá la verdadera formación revolucionaria. La independencia ha de ser, ante todo, una independencia de concepciones generales y de actitudes concretas. De lo contrario no pasará de una grita momentánea entre nuevos y antiguos militantes.

EN VIETNAM, ¿VICTORIA DE QUIEN, DERROTA DE QUIEN?

Nada tan ilustrativo como un resumen de sucesos durante un período histórico de relativa extensión. Helo aquí por lo que respecta a Vietnam entre el fin de la guerra imperialista mundial y 1973.

El país, como toda la Península indochina, estaba ocupado por el Japón. El partido que hoy impera en Vietnam del Norte toma parte en la guerra y se bate junto a la potencia colonizadora, Francia.

Al hundirse el poderío militar japonés, con la bomba de Hiroshima, los trabajadores vietnamitas se insurgen, sobretodo en las ciudades, y en Hanoi establecen su poder político e incautan todas las propiedades capitalistas. Pero no es Ho Chi-minh y su partido stalinista el que recibe la confianza de los trabajadores, sino el partido trotskista que dirigía Tha Tu-tao, varias veces encarcelado por los franceses y que se había batido contra la guerra imperialista, bajo la dominación japonesa tanto como bajo la francesa.

Al margen por completo de la Comuna obrera de Hanoi quedaban fuerzas militares de Ho Chi-minh que Francia había armado como parte de su ejército. Atrincherao en ellas, Ho Chi-minh propone a Tha Tu-tao proteger con sus fuerzas el poder obrero de Hanoi y luchar juntos contra "los colonialistas". Tha Tu-tao no ignora los asesinatos de trotskistas perpetrados por el stalinismo en Rusia y en España. No obstante, acepta y acude a una entrevista con Ho Chi-minh. Se conformaba así a la tradición de frente único de lucha con organizaciones reformistas, sólo que no había visto, como siguen sin verlo tantos hasta hoy, que el stalinismo no es reformista sino pro-capitalismo de Estado. Tha Tu-tao fué capturado y asesinado, las tropas de Ho Chi-minh se presentan como amigas en Hanoi y aniquilan el poder obrero, emprenden la represión contra sus partidarios, persiguen por selvas y montañas a los fugitivos, hasta exterminarlos.

Una vez liquidada la revolución social y con la llegada de las tropas de Mac Tse-tun a la frontera vietnamita (avituallamiento y refugio seguros) emprende el ejército de Ho Chi-minh la guerra por la "independencia nacional" que requiere en todos los casos sumisión de los explotados a los intereses de los explotadores. Así, su llamamiento, mil veces repetido después, no se distingue en nada del de cualquier gobernante de una potencia imperialista:

"Ricos notables, soldados, obreros, campesinos, comerciantes, funcionarios, jóvenes, mujeres, vosotros que estais llenos de patriotismo, en la hora presente la liberación nacional está por encima de todo".

A medida que se desenvuelve la guerra contra Francia va estructurándose, no la independencia, sino la dependencia de los pretensos libertadores respecto de las armas, de la protección territorial y de la economía del Bloque económico-militar ruso, que abarcaba entonces a China.

La victoria militar de Giap y el establecimiento de la República Popular de Vietnam fueron de hecho un reparto de país entre los dos Bloques imperialistas: el Norte para el Bloque Oriental, el Sur para el Occidental. Hubo progreso del primero respecto del segundo. Con el cebo de mayor ganancia, la guerra no podía dejar de reanudarse, pero sacando ya del segundo plano a los verdaderos contentientes: Estados Unidos y Rusia. El papel de Cina fué disminuyendo en proporción inversa a la agravación de su conflicto con Rusia, hasta intervenir como apacador, vocalizaciones de solidaridad aparte.

Años y años de interminable guerra, más de un millón de muertos, varios millones de hombres, mujeres y niños estropeados para toda su vida, devastaciones terroríficas. Y también, años de represión en el Sur, de represión en el Norte y en las zonas dominadas por el Frente sureño, represión que si bien comprendía en cada caso a los parciales del otro Bloque imperialista, abarcaba en todos a los enemigos de los dos Bloques, es decir a los revolucionarios conscientes o inconscientes. Y esa represión continuará con la paz.

Mientrastanto, los jefes de Bloque tenían cuidado de no llevar la guerra hasta un punto que les forzase a luchar militarmente, americanos contra rusos. Es más que demostrativo de lo dicho que la flota militar yankee dejara pasar libremente los barcos rusos repletos de armas para el Norte. Por eso el minado de los puertos de mar ha sido una medida importante para persuadir a Rusia a la conclusión de un acuerdo. El Norte, ya trabajado en ese sentido por China, no podía a partir de ese momento sino rogar a dios que le fuese lo menos desfavorable posible, igual que el Sur. Tal es la "independencia nacional". En cuanto al Frente sureño, criado de criados, bien podríamos verlo un día ponerse el servicio de Washington.

Total, la absorción del Sur por el otro Bloque imperialista se ha revelado imposible. Salvo guerra mundial no quedaba otra salida que un nuevo reparto de Vietnam y de la Península indochina. En la delimitación fronteriza y jurídica del mismo están desde el día del Alto el fuego. Pero los linea-

mientos principales han sido evidentemente acordados con antelación por Moscú, Washington y Pekín.

Cualesquiera sean en último término, el único vencido es la clase trabajadora, la revolución; el único vencedor el imperialismo mundial, sin que importen las tajadas que correspondan a cada uno de sus sectores. La destrucción inicial de la revolución por el ejército de Ho Chi-minh permitió esa guerra imperialista localizada, de segunda o tercera magnitud, por así decirlo. De ella salen las masas trabajadoras físicamente diezmadas y exhaustas, moralmente destruidas e incapaces de cualquier lucha revolucionaria durante largo tiempo. Podrán ser atraídas a voluntad por cada uno de sus dominadores locales. En cambio, ellos y sus respectivos comanditarios empezarán a hacer grandes negocios de "reconstrucción".

En la paz como en la guerra, ¡Abajo los dos Bloques imperialistas!
¡Viva la revolución vietnamita y mundial!

UN "PORQUE"...FRAGMENTARIO

Algunos lectores y camaradas jóvenes nos han preguntado por qué acordamos una importancia tan sostenida a poner siempre en la picota al stalinismo. He aquí, hecha a vuelapluma, una contestación muy fragmentaria:

Porque ninguna otra fuerza política ha desempeñado un papel tan reaccionario en la lucha del proletariado mundial;

porque desde 1926, en ningún país ha sido vencida la revolución por la burguesía y el capital en buena liza, sino gracias a la intervención política, o policíaca y militar del stalinismo;

porque, además de destruir la revolución, calumnia de la manera más perversa a los revolucionarios, falsifica los hechos, falsifica las ideas, destruye hasta la sombra de una conciencia proletaria;

porque sin su política no habría habido Hitler, ni después Franco, ni por consecuencia guerra imperialista, pues habría triunfado la revolución comunista en Europa.

porque él constituyó la fuerza principal de defensa nacional del capitalismo en Occidente (sin hablar de Rusia, su coto cerrado), él lo ayuda a ponerse de nuevo en pie, él desarma al proletariado y lo manda a producir otra vez para el capital;

porque en España sus actividades no van enderezadas siquiera a la destrucción del régimen, sino a la substitución de Franco, con la misma policía, el mismo ejército, el mismo capital, el mismo trabajo mal asalariado y agotador para los obreros;

porque todo eso es hecho en nombre del marxismo y del comunismo, cuando no existe organización más calculadamente anti-marxista y anti-comunista;

porque, en fin, y resumiendo todos los otros porque, regímenes como el de Rusia o China se dicen socialistas y obreros siendo crudamente capitalismo estatal y no precisamente democrático, sino de un totalitarismo pocas veces igualado por otros regímenes capitalistas, que por lo menos no engañan a nadie porque se presentan tal cual son.

Sin estar persuadido de lo que es el stalinismo y combatirlo en consecuencia, ni se puede ser revolucionario, ni habrá revolución posible.

La breve contestación anterior no es óbice para formular en otros números de Alarma las explicaciones que pudieren solicitar lectores, amigos o camaradas.

CLASE REVOLUCIONARIA, ORGANIZACION POLITICA,
DICTADURA DEL PROLETARIADO

La teoría revolucionaria; ¿debe ser introducida en la clase obrera desde el exterior, cual decía Lenin, o bien ha de proceder del seno mismo de la clase? Ni lo uno ni lo otro en sentido íntegro, o bien lo uno y lo otro a la vez, pero en sentido muy diferente al que le atribuyen los partidarios de ambas interpretaciones. No se trata de tesis propiamente hablando, sino de maneras de ver algo que se ha producido por acumulación de múltiples factores sociales. La querrela parece absurda, pues hace un siglo largo que se habla de revolución proletaria y nadie ignora que la idea de ella y cuanto es teoría comunista no han sido descubiertas por la clase trabajadora. Pero pierde todo absurdo en cuanto se trata de determinar las relaciones entre revolución y organización desde cualquier situación presente hasta la dictadura del proletariado.

La burguesía generó su propia teoría revolucionaria porque mucho antes de apoderarse de todo el Estado era ya una clase poseyente y general más culta que la nobleza de la monarquía absoluta. Por el contrario, el proletariado no es ni será jamás clase poseyente, y para estar embebido de cultura necesita dejar de ser proletariado. No obstante, preguntarse si el conjunto de la teoría comunista con su correspondiente praxis debe o no proceder de los asalariados es despropósito mayor que preguntarse si la química, la física, la genética, la automación, la cibernetica, etc., han de ser o no otras tantas creaciones proletarias. Sencillamente, ninguna de las ciencias habría adquirido su actual desarrollo sin la presencia de la clase trabajadora, más precisamente dicho, sin la enorme riqueza que su posición social la obliga a crear como riqueza ajena. Aunque por el momento todas y cada una de las ciencias sean utilizadas para atarlas más corto, el desarrollo de las mismas no podrá ser ni óptimo ni plenamente científico sino a través del proletariado en el comunismo. Existe pues una relación palpable entre el proletariado y las ciencias, por mucho que él las ignore, y la relación se convertirá en posesión a partir de la supresión del capitalismo.

Mucho más estrecha es la relación entre el proletariado y la teoría revolucionaria, sin que importe el margen de error posible en ésta, pues es simultáneamente margen de rectificación y de desarrollo. Más que de relación debe hablarse de compenetración. No aparece, en efecto, como un saber del capital cuyo perfeccionamiento objetivo reclama a la postre volverse contra él, caso de las ciencias, y de sus aplicaciones técnicas, sino que se yergue desde el principio, insurgente, contra la sociedad fundada en el capital y en el salarido, y va enriqueciéndose a través de las luchas del proletariado contra el capital. La condición que en la actual sociedad padece la clase obrera, es lo que provoca directamente la aparición de la teoría revolucionaria. Sin el desarrollo anterior de la filosofía, de las ciencias humanas, de las ciencias exactas y de la propia sociedad capitalista, eso habría sido imposible. Pero hubiese resultado por completo impensable sin las luchas y acometidas insurreccionales de los trabajadores, desde las más remotas hasta la Conjunción de Los Iguales de Baboeuf, rebeliones como la de Lyon en 1830 y la insurrección del proletariado campando por sus respetos en casi toda Europa a partir de 1848. El entrelace los factores materiales, intelectuales y humanos dados por el rotar histórico, con la actividad pasional, subjetiva, pero no menos dada como factor de la historia, de los trabajadores, arrojó por fruto la teoría revolucionaria. Hay pues en ella al mismo tiempo exterioridad e interioridad al proletariado, pero aquello mismo que se presenta como exterior, no ya los hombres procedentes de otras clases, sino el saber, cualquier saber, representa también su interioridad en devenir.

En razón de la inexistencia de su existencia en el mundo industrial hoguero, el proletariado es la anti-clase por antonomasia, cifra del comunismo. Mas esa latencia comunista deja sobretodo ver, mientras no se manifies-

ta en actos, la estricta dependencia económica y cultural de la clase respecto del capitalismo. Tal dependencia veda a la mayoría de los asalariados el conocimiento teórico, sin el cual jamás habría revolución. Las excepciones individuales que en cualquier momento pudiere haber escapan, por serlo, a la condición general, como también escapan a la condición de la burguesía los revolucionarios de ella procedentes. En uno y otro caso no puede tratarse sino de minorías. Y así aparece desde el principio una distinción entre la clase revolucionaria y los revolucionarios. Hasta tal punto, que aún si imaginásemos procedentes del proletariado a todos los revolucionarios pasados, presentes y futuros, seguirían apareciendo distintos de la clase revolucionaria, mientras esta misma no pase de lo potencial a lo dinámico, de su latencia comunista a la transformación comunista de la sociedad. Y en épocas dominadas por la reacción como la que vivimos desde 1937, cuando toda suerte de estafadores y cómitres del proletariado se fingen comunistas, la barrera entre clase y revolucionarios se hace punto menos que infranqueable, hasta el desgaste de la situación.

La afirmación de Lenin en "¿Qué hacer?" es una simplificación de otra simplificación de Kautzky en "Las tres fuentes del marxismo". La mente más erudita que dialéctica de ese teórico socialdemócrata le llevaba a ver el pensamiento revolucionario como una destilación pura de las ciencias y de la filosofía, aplicable luego al movimiento obrero. Con mayor tino, Rose Luxemburg aseveraba que Marx no había esperado a escribir "El Capital" para convertirse en comunista, sino que lo capacitó para escribirlo el hecho de ser comunista. Así es, en efecto; la existencia de las luchas obreras y en su seno la existencia de revolucionarios era la condición primordial de la utilización de ciencias y filosofía para elaborar la teoría revolucionaria. La distinción entre clase revolucionaria y revolucionarios es impuesta por el capitalismo, que la agranda en épocas de quietud. Pero negar su existencia es igual que negar la posibilidad de la revolución y confiar el porvenir al automatismo económico-social revierte a evolucionismo.

Lo anterior permite abordar el problema de la conexión entre clase y revolucionarios, entre revolución y organización, entre partido y dictadura del proletariado, no en abstracto, imaginando condiciones ideales, sino en concreto, a partir de la situación de hecho existente y de la experiencia, que no dependen de querer alguno.

El simplismo de la interpretación citada de Lenin no es el único origen de su centralismo democrático, que tanto ha dado que hablar hasta hoy. A ella se suma la idea táctica de responder a la disciplina y a la centralización impuestas a la clase obrera en las fábricas, por una centralización y una disciplina paralelas, pero de signo contrario. Pasaba por alto sin darse cuenta que la acción revolucionaria de la clase va enderezada a abatir las formas de organización y de obediencia inseparables del sistema. Además, queda en esa idea un relente de aquella otra sobre la utilización revolucionaria del Estado actual, desechada desde la Commune. Intervino también, en tercer lugar, el trabajo político ilegal dentro de la Rusia zarista, que excluía en la mayoría de los casos discusiones y decisiones democráticas. La dirección se veía en la práctica investida de poderes aún más amplios que los que el centralismo democrático le otorgaba. Lo mismo ocurrirá, por la fuerza de la realidad represiva, en cualquier situación de ilegalidad. No obstante, el centralismo democrático no era un expediente que respondiese a una situación pasajera. Pretendía ser, en condiciones normales, la forma mejor de organización de los revolucionarios y de su vinculación con la clase trabajadora.

Experiencia mediante, los poderes otorgados a la dirección central, si quiera fuera entre congreso y congreso, se revelarían a la postre despóticos y uno de los instrumentos más hirientes de la contrarrevolución en Rusia. Las críticas tocante a él formuladas en su tiempo por Rose Luxemburg y por Trotzky han tenido la más trágica de las confirmaciones. Y no fué error leve del segundo haber adherido al centralismo democrático y manteni-

do la adhesión aún después de instaurado el stalinismo. Se dió cuenta de ello poco tiempo antes de morir asesinado, puesto que sintió la necesidad de recordar, eprobándola, su primera y enérgica oposición. No obstante, ha sido sin consecuencias para cuanto sigue diciéndose trotskismo. Más inclinado a desaprender que a aprender, en ese como en otros aspectos, continua viendo en el centralismo democrático un talismán organizativo y lo utiliza a menudo como una maza.

Es supérfluo considerar aquí el período que inaugura la contrarrevolución stalinista, porque ya no se trataba de centralismo democrático ni de concepción alguna de la relación entre clase y partido, sino de afianzar la burocracia en sus nuevas posiciones económicas y políticas. Por consecuencia, la brutal y reaccionaria dictadura todavía imperante en Rusia, no interesa en esta investigación sino en la medida en que el centralismo democrático contribuyó a su eclosión.

El partido bolchevique no identificó nunca dictadura del proletariado y dictadura de partido. El sonsonete, "una sola clase un sólo partido" fué un ardid de la contrarrevolución. En cambio, todavía el decreto que prohibía incluso las fracciones dentro del partido bolchevique, redactado por Lenin, tenía cuidado de advertir que la medida no era un principio revolucionario, sino un simple avío de urgencia y provisional, para salir de un aprieto. Cruelísimo sarcasmo hoy, tal precaución; pero eso no le impedirá ser un testimonio importante contra la concepción del partido único, cualquier sesgo adopte. No obstante, los bolcheviques nunca tuvieron una concepción inequívoca de la relación entre clase revolucionaria y revolucionarios, y tendieron pronto, en el actuar cotidiano, a ocupar como partido el lugar del proletariado. Al clausurarse el X Congreso, en 1921, la substitución era ya más completa de lo que creían Lenin, Trotzky y los mejores militantes, tanto en la dirección como en la base. La base bolchevique misma era suplantada por la dirección y ésta lo sería pronto por la Secretaría de Organización, donde se emboscaba Stalin, Secretaría que irradiaba e imponía centralismo cada vez menos democrático.

Es en ese proceso en el que el centralismo bolchevique desempeña un papel nefasto. Gracias a los poderes que estatutariamente confería a la dirección, el secretario organizativo estuvo en condiciones, mediante simples ukases secretariales, de desembarazarse de hombres y de comités molestos, substituirlos por adictos suyos, fabricarse mayorías a discreción, aislar y privar de recursos de oposición a los más destacados dirigentes, a comenzar por Trotzky; en condiciones de asegurarse, en una palabra, la dirección exclusiva, vitalicia y tan absoluta, que sobrepasa con creces la de los peores déspotas del pasado.

La ausencia de una concepción clara y certera de la unidad dialéctica proletariado-partido revolucionario, cegó a los mejores bolcheviques impidiéndoles ver de donde provenía la contrarrevolución, e impidiéndoles reaccionar en consecuencia. Así, al caer Lenin en cuenta de que Stalin era un bestialdesleal muy peligroso, y de que la contraposición política entre él y Trotzky amenazaba certar el partido en dos, su principal preocupación es evitar la ruptura y recomienda como remedio (Testamento político) aumentar el número de miembros del Comité Central. Tenemos ahora suficiente perspectiva histórica para afirmar que la escisión habría sido, a lo sumo, un mal menor. En efecto, aunque seguramente no hubiese enderezado el rumbo de la revolución, habría forzado los contrarrevolucionarios a salir de su madriguera burocrática y a mostrarse a plena luz. Desde bastante antes, es hoy evidente, no había otro recurso que hacer llamamiento a la base contra la dirección y al proletariado contra el partido bolchevique. Ya en la insurrección de Kronstadt vieron los dirigentes una grave amenaza para la revolución en lo que sólo era un tropiezo y una advertencia, sin que percibieran, en cambio, cómo la contrarrevolución estaba incubando en su propio partido y que la represión de los insurrectos la favorecería. Y así, todavía al constituirse la Oposición de Izquierda, Trotzky y los suyos se abstienen de recurrir a la clase obrera contra un partido que ellos mismos tenían por degenerado. Es que en forma subrepticia, sin teoría neta, la suplantación de

la clase revolucionaria por el partido había dejado poso en todas las mentes. Por tal camino pudo pasarse, sin aparente solución de continuidad, del centralismo democrático al centralismo más policíaco y reaccionario de todos los tiempos.

Lo dicho antes tocante a Kronstadt vale, en menor grado, para las otras oposiciones soviéticas, entendiéndose por tales las que habían propugnado el poder de los soviets. Un régimen proletario tiene que saber tratar los problemas internos a la clase de diferente manera que los bolcheviques, aún tratándose de desviaciones derechistas de algunos de sus sectores. Si la clase en su conjunto no es capaz de sobreponerse a ellas en el seno de los órganos de poder, las imposiciones de los revolucionarios gobernantes tampoco lo conseguirán. Queriendo desempeñar el cometido de la clase revolucionaria, se erigen en poder independiente de ella y aquello mismo que pretendían combatir se les infiltra en sus propios organismos como una invasión de termitas. Porque en momentos de revolución nada existe tan acomodadizo y farisaico como mentalidades burguesas en busca de arrellanamiento. Y no son, ciertamente, atributo exclusivo de los burgueses.

No obstante, ninguna de las oposiciones soviéticas que los bolcheviques encontraron merece aprobación política, salvo por la reivindicación de la libertad en los soviets. No tenían visión siquiera nebulosa de lo que habría de ser la revolución en Rusia y menos internacionalmente. A su vez, la Oposición Obrera que tanto zalamean hoy algunos grupos, era en realidad una oposición de la burocracia sindical, lo que transparece en su programa. Kolontay y otros de sus líderes hallaron enseguida su lugar en la contrarrevolución. Pero en el maremagnum reinante entonces, no pocos revolucionarios alarmados se acogieron a ella. Irían pronto a morir en Siberia en compañía de los de la Oposición de Trotzky.

Antes de continuar adelante, se impone intercalar una reflexión internacionalista. Es difícil de creer que la revolución rusa hubiera podido ser salvada una vez que la NEP dió suelta a las relaciones mercantiles. Pero sí hubiera podido ser salvada la revolución mundial, que continuó rondando de un país a otro hasta la España de 1936-37. Si el proletariado mundial hubiese presenciado inequívocamente el fin de la revolución rusa, habría vuelto la espalda a Moscú y a sus partidos, ya dispuestos a maniatarlo en todas partes, y nuevas organizaciones revolucionarias habrían surgido con facilidad. Más faltó en Rusia algo semejante al 9 Thermidor francés, cuando, al día siguiente de destituido el Comité de Salud Pública, las cabezas de sus componentes rodaban al cesto de la guillotina y con ellas la revolución. No fué, por cierto, el miedo a la muerte por parte de los enemigos del stalinismo lo que les vedó hacer algo que marcara esa solución de continuidad innegable para quienquiera y salvadora para la revolución internacional; sí la identificación de hecho entre dictadura de clase y dictadura de partido. Cincuenta años de catastróficas derrotas proletarias y de una prostitución ideológica que todavía continua pringando las consciencias, tienen su origen en esa falla.

Nada de lo dicho obsta para negar categóricamente que la contrarrevolución estuviese prefigurada en el centralismo democrático o que la engendrara la extrema aplicación del mismo con la supresión de los partidos y de las fracciones. Los hechos se han encargado de demostrar que tales medidas no prestaron servicio a la revolución sino a sus enemigos. Ahora bien, la contrarrevolución no puede en ningún caso prosperar sin bases económicas y sociales. Ellas le dan su primer impulso, ensanchándolas progresiva, y con tal finalidad utiliza cuanto esté a su alcance utilizar. Es ya decir que la contrarrevolución fué originada por el capital, mas no retro llevándolo a los burgueses, sino centralizándolo a discreción del Estado. La indeterminación característica de la revolución rusa, ni burguesa ni comunista, la hacía depender por entero del paso de su primera fase democrática (anti-feudal) a la fase comunista en que instrumentos de producción, producción y distribución recaían colectivamente en la clase trabajadora. Lejos de alcanzar esa fase, la revolución retrocede oficialmente con la NEP y se desarma entregándose

al Estado, que iba a disponer a su guisa de la plusvalía existente y de la futura. La idea de retirada estratégica de Lenin: un capitalismo de Estado regido por la democracia soviética en espera de la revolución europea, no tuvo ni podía tener siquiera siquiera un comienzo de aplicación. Todo capitalismo es obligatoriamente administrado por quienes colectan la plusvalía. En este caso no sólo la burocracia que proliferaba desde los comités locales hasta el Kremlin, sino también traficantes en nuevas y buenas migas con la burocracia gracias a la NEP, burgueses en ansias de buen vivir, técnicos e intelectuales que había boicoteado la revolución y hasta aristócratas en humilde reverencia ante los advenedizos encumbrados. Tal fué la base social de la contrarrevolución.

Por otra parte, si la burguesía se había mostrado incapaz de hacer su revolución y de extender su sistema en Rusia, no se debía únicamente a la amenaza comunista representada por el proletariado, sino también a que el desarrollo del capital privado estaba ya superado por la concentración en grandes trusts internacionales y en el Estado. La contrarrevolución stalinista descubrió empíricamente que la forma capitalista estatal era la más eficiente, tanto para alejarla revolución comunista como para competir con el capitalismo internacional. Aquello mismo que consintió la toma del poder por el proletariado en un país atrasado, plagado de anacronismos económicos, sociales, religiosos, etc., permitió luego a la contrarrevolución concentrar el capital hasta el grado máximo consentido por el sistema capitalista en su conjunto. Produjéronse allí dos movimientos dialécticos de sentido opuesto, uno hacia la revolución comunista pasando por la revolución democrática hecha por el proletariado, el otro hacia el capitalismo de Estado, prescindiendo de la propiedad individual. En política se quedó la revolución; política necesitó ser sólo la contrarrevolución, más no por ello menos sanguinaria.

Y, otra vez en el terreno económico, jugó contra el proletariado y contra los revolucionarios la identificación entre clase y partido, a la cual añadidos luego la equiparación entre propiedad socialista y propiedad estatal, ya mera falsificación. En consecuencia, son a desechar los métodos orgánicos del bolchevismo y cualquier sustitución de la clase revolucionaria por una o varias organizaciones combinadas. Con todo, la más rica enseñanza que revolución y contrarrevolución en Rusia nos ofrecen, es la imposibilidad de hacer una revolución en dos tiempos, democrático-burgués el primero y el segundo socialista. El capitalismo se abrirá brecha siempre, si desde el principio no se le seca su manantial: la producción y la distribución fundadas en el trabajo asalariado. Sin partir de ahí, la revolución permanente es tan calenturienta quimera como la permanencia de la revolución. Lo que debe contar para cada proletariado es el nivel industrial del mundo, no el de "su" nación únicamente.

De mal en peor, el centralismo democrático se convierte casi en un vaho de juristas burgueses a ojos del centralismo orgánico de la tendencia inspirada por Bordiga. Su simple formulación indica que el término "democrático" ha sido proscrito con cajas destempladas, dejando como único domiciliario de la concepción el centralismo. La otra palabra, orgánico, no añade nada, sino que redundante. Unida a la primera no significa más que centralismo centralista. Es eso, en efecto, lo que quiere significar dicha tendencia, que se deleita retensando los errores del bolchevismo y enarbolándolos como panacea revolucionaria. En la democracia ve un estorbo para la revolución y para el proletariado, porque ¿acaso la validez revolucionaria de una teoría o medida concreta puede ser decidida por mayoría de votos? He ahí un descubrimiento del bordiguismo. Nadie, en efecto, puede responder sí a pe-rogrullada semejante. Pero hacer de ella la base de una concepción orgánica, es afirmar implícitamente que esa validez sí puede y debe ser decidida por minoría, con o sin voto. El bordiguismo evade el problema garantizándonos sin pestañear que "si las directivas dadas son justas no puede haber conflicto entre la base y la dirección". Por algo se trata de un centralismo orgánico, es decir, de una relación entre base y centro del partido, entre proletariado y partido, entre gobernados y gobernantes después de la

revolución, que se regula a sí misma, como un metabolismo corporal. He ahí otro descubrimiento bordiguista que permite a sus fieles el mas altanero y huera desprecio de una democracia que con tales trabamolleras creen haber superado científicamente.

Por el contrario, salta al entendimiento que sí puede haber conflicto con directivas justas, y lo contrario, no haberlo con directivas erradas. Pero la clase obrera, los órganos de poder, el partido, son vistos por el centralismo orgánico como una colmena donde, salvo accidente secundario, todo marcha a la perfección con tal que la repartición hormonal entre las hembras obreras, los zánganos y el centro de la colmena, la reina, conserve las dosis y la calidad requeridas. En el caso aquí tratado hay que poner, se sobrentiende, en lugar de hormonas, pensamiento revolucionario segregado por el Centro, la dirección del partido. El efecto tiene el mismo valor y la misma inevitabilidad que una reacción química. Esa asimilación de un partido revolucionario y de la clase trabajadora a un organismo o colonia de organismos animales, cae por entero dentro del naturalismo, no de la dialéctica materialista, y si tiene antecedentes filosóficos no es ciertamente en el movimiento revolucionario.

La antigua filosofía china establecía una relación natural o espiritual, pero constante, entre el Imperio y el Emperador (que Mao Tse-tun sigue utilizando por lo bajo) y postulaba la misma unicidad de salud o de degeneración, de eficacia o de torpeza, que convierte en ilusoria y superflua cualquier forma de democracia o de supervisión de dirigentes. Semejante organicismo aplicado a lo que no constituye un complejo fisiológico, es la sabiduría del despotismo oriental. Se encuentra también en la India y tiene todavía destellos en los lazos que durante el Medievo unían los vasallos al señor. El bordiguismo lo remoja con elixires proletarizantes y economistas y vuelve a ponérselo ante las narices como si tratara de un puro efluvio marxista. Y por ahí hasta el delirio.

El bordiguismo tiene méritos incontestables. En primer lugar, haber mantenido durante la guerra una actitud internacionalista. En segundo denunciar siempre al stalinismo sin ninguna contempORIZACIÓN, si bien tratándolo de reformista. Lo que es, y también haber reconocido en Rusia un capitalismo de Estado, aunque sobre éste su análisis deja que desear. No es cuestión de escatimarle ese valor. Pero hay que decirle terminantemente no cuando, a fuerza de engreimiento se auto-casualiza. El Partido Histórico de la Revolución, como quien dice los revolucionarios de sangre azul, la flor y nata, los únicos aptos para decir y decidir lo que es y lo que no es justo en la teoría, y en la práctica... y para imponérselo si un día les cae en la palma de la mano la brava del poder. Porque la dictadura proletariado es en la concepción bordiguista y no puede ser otra que la ejercida por el partido, cerebro de la clase siquiera por delegación, ya que el partido mismo pende y depende de su "Centro", cerebro de cerebros. Así se corona el bordiguismo con su descubrimiento cumbre; él es el partido histórico del proletariado; él ha de desempeñar la dictadura y nadie más que él; la duda misma constituye un atentado oportunista al Partido, por lo tanto al proletariado como clase y a la propia revolución. A fuerza de subjetivizarse como tendencia revolucionaria se sale del marxismo y da de brujes en un pontificalismo redentor. Por tal camino, es sobrado evidente, el proletariado seguiría siendo objeto y no sujeto de la historia, hasta su desaparición en un comunismo que le habría ido deparando filantrópica, graciosamente y quiéralo que no, el partido de marrás.

Aun suponiendo que esa u otra organización cualquiera fuese en todo inatacable desde el punto de vista revolucionario, la pretensión seguiría siendo descabellada, y en concreto una vulgar usurpación. Porque el Partido Histórico nunca podrá ser otro que el proletariado mismo en acción revolucionaria. Ninguna organización conseguirá birlar esa función, cual se propone el bordiguismo, sin destruirla, pues lo que conlleva el movimiento de una clase, su devenir, no admite camisolas de fuerza ni imposiciones partidistas, por muy sabias y quintaesenciadas que fueren. Ese movimiento es la conquista de

la libertad frente a la necesidad, y por consecuencia sólo mediante la libertad del proletariado se realizará la dictadura del proletariado, transición hacia la libertad de todos los humanos. Y ---dicho quede, en vano para ellos--- que los bordiguistas depongan su ridícula cuanto idealista pretensión de ser los ungidos del cometido revolucionario de las masas trabajadoras. Poniéndonos en lo inverosímil, que llegasen a gobernar, su dictadura empezaría a jugar inmediatamente un papel reaccionario, a despecho de cuanto pudieran hacer antes de positivo. Por fortuna, el peligro apenas existe. Su concepción es repelente, y ellos mismos no cuentan poder hacernos el obsequio de su proletarísima sapiencia gobernante, sino cuando llegue el crujido último del capitalismo, con la caída catastrófica de la tasa de beneficios; es decir, el día que ya no haya negocios capitalistas posibles. Se es o no se es científico.

ENERO 1973

(continuación en el próximo número de Alarma)

G. Munis

+ = + = + = + = + = +

MERCADERES DE ARMAS PARA GUERRA... "REVOLUCIONARIA"

"Equipos cosmopolitas de vendedores de armas recorren ciertos países procurando colocar los excedentes americanos de la guerra de Vietnam. En ellos, americanos, y también europeos, ejercen sus habilidades en el Cercano Oriente, en Asia, en Africa o en América del Sur, cerca de los dirigentes de los grupos revolucionarios, que buscan material militar perfeccionado. Entre las armas de mayor demanda, las que sirven a combates nocturnos y el material de transmisiones. Se estima en más de diez mil el número de agentes y de comerciantes que gozan de la complicidad más o menos encubierta de los representantes diplomáticos en el extranjero. El mercado de armas de segunda mano renace tras cada conflicto de larga duración, siendo difícil de evaluar su prosperidad. Lo seguro es que ese mercado de ocasión entra en competencia ruda con el comercio regular, o sea, con el comercio directamente controlado y animado por los gobiernos, hasta el punto de que, últimamente, el ejército americano ha tenido que comprometerse, cerca de los más importantes industriales, a limitar en lo posible la reventa de sus excedentes, a fin de no baratear los precios.

En Europa, en Londres tanto como en París, se teme esa "agresividad" comercial, en fin de cuentas destinada a mantener el potencial industrial de Estados Unidos al nivel alcanzado durante la guerra de Vietnam. El temor viene de que, sin duda, los americanos no respetarán ninguna de las zonas de influencia que franceses y británicos se han abierto, entre otros, mientras los industriales de allende el Atlántico estaban ocupados en otra parte. La competencia promete ser muy abierta, y en un dominio en que raramente se respeta la regla del juego. Tal es el caso para la construcción de helicópteros, en cuyo dominio los franceses tropiezan ya en un contra-ataque eficaz de los americanos, tratándose de simples excedentes o de material recién salido de las cadenas de producción. Además, en ese dominio preciso, el ejército americano entra en competencia con sus propios suministradores, en disputa por el mercado interior y exterior.

La guerra de los excedentes va en beneficio de un clientela muy cortada, que obtiene condiciones de precio, de plazos de entrega y de crédito ventajosos. Las condiciones son tales, que los industriales del armamento, que tienen tela que cortar, más sus gobiernos en Europa y Estados Unidos, desean frenar el comercio de ocasión más o menos clandestino y concertarse lo mejor posible para eliminar franco-tiradores y evitar perjudicarse unos a otros".

La noticia anterior, firmada J.I. en Le Monde 13-2-73 no necesita otro comentario que el dado por nosotros en el título.

PROPOSICION PARA UNA CORRESPONDENCIA INTERNACIONAL

Durante los últimos cinco años hemos visto acrecerse la combatividad de la clase obrera como nunca desde el fin de la segunda guerra mundial. Sus luchas han adoptado frecuentemente la forma de huelgas salvajes e ilegales mediante la creación de comités de base. Esas luchas se han sustraído al control de la izquierda "oficial", pues van necesariamente dirigidas contra ella: stalinistas, socialdemócratas, trotskistas, y al de las organizaciones sindicales tanto como al de los representantes tradicionales de la burguesía.

Dichas luchas han adquirido una intensidad particular gracias a la amplitud de la crisis mundial del capitalismo y han adquirido carácter internacional. Desde Turín a Billancourt, Kiruna y Gdansk; desde Mimbung y el país de Galles hasta Córdoba y Curaçao han surgido luchas autónomas del proletariado.

Con el despertar de la clase obrera ha habido un desarrollo considerable de los grupos revolucionarios que reivindican una perspectiva internacionalista. Pero los contactos y la correspondencia entre grupos han sido, desgraciadamente, descuidados y dejados a la ventura.

Es por lo que INTERNATIONALISM propone, a fin de regularizar y ampliar los contactos, una correspondencia continua entre los grupos que defienden la perspectiva comunista internacionalista.

Así, cada uno de los grupos abajo referidos (y otros que pudieran ser sugeridos) debería comprometerse a enviar a cada grupo participante dos ejemplares de cada número de su revista, de folletos y otros documentos públicos.

En la medida de lo posible, todos los documentos importantes de la discusión entre los grupos debieran ser enviados a todos los participantes, a fin de facilitar un diálogo político entre ellos.

Cada grupo debería alentar la discusión pública con los otros grupos, en sus respectivas revistas, mediante traducciones de artículos y de críticas, por correspondencia, etc.

Las relaciones personales entre camaradas de los diferentes grupos deberían ser propiciadas y los grupos podrían tal vez llamar a una conferencia internacional.

Por último, los grupos deberían emprender una correspondencia política activa y regular que podría comprender: discusiones teóricas, reportajes sobre las luchas obreras en cada país, informes de actividades de los grupos.

Las proposiciones anteriores no exigen una organización ni un aparato particulares, pues proponemos que cada grupo tome a su cargo la responsabilidad de lo arriba indicado. Nosotros recomendamos que las cartas y la correspondencia (por oposición a la literatura impresa) sean traducidas al inglés o al francés, para facilitar las relaciones entre países. Esta proposición de desarrollo de la correspondencia internacional representa un primer paso para que las actividades y la vida de nuestros grupos tengan un carácter tan internacional como las actuales luchas de la clase obrera.

La selección de grupos llamados a participar en la correspondencia internacional está determinada por criterios políticos. Los grupos aludidos, si bien divergen sobre ciertos puntos fundamentales, reconocen, en general, la naturaleza contrarrevolucionaria de Rusia, de los países del Este europeo y de China; se oponen a todas las formas de reformismo, de frentismo y de colaboración de clases (lo que comprende los Frentes Nacionales, los Frentes Populares y antifascistas); tienen una teoría y una práctica críticas tocante a la III Internacional; asimismo, tienen la convicción, base de nuestra teoría y de nuestra práctica, de que sólo el proletariado es el sujeto histórico de la revolución; tienen la convicción de que la destrucción del capitalis-

no necesita la abolición del salaraiato; tienen una perspectiva internacionalista.

Pedimos a todos los grupos responder a este llamamiento en el plazo de un mes e indicarnos su opinión al respecto, comentándola y sugiriendo los nombres de otros grupos que pudieran participar.

Una vez recibidas las respuestas, nosotros remitiremos una lista definitiva de grupos (con direcciones) a fin de comenzar una correspondencia regular y el intercambio de textos. He aquí los nombres de dichos grupos:

Internationalism y Philadelphia Solidarity, de Estados Unidos; Workers Voice y Solidarity, de Inglaterra; Révolution Internationale, Groupe de Liaison pour l'Action des Travailleurs (G.L.A.T) y La Vieille Taupe, de Francia; Fomento Obrero Revolucionario, de España; Partito Comunista Internazionale (Battaglia Comunista), de Italia; Gruppe Soziale Revolution, Arbeiterpolitik y Revolutionarer Kampf, de Alemania; Proletarisk Socialistisk Arbejdsguøpe y Kommunistisk Program, de Dinamarca; Komunismen, de Suecia; Spartacus y Daad an Gadachte, de Holanda; Lutte de Classe y Groupe Bilan, de Bélgica, Internacionalismo, de Venezuela.

Fraternalmente,

INTERNATIONALISM

P.O. Box 961 -Manhattanville St.

365 West 125 Street. New York NY 10027

CONTESTACION A LO ARRIBA PROPUESTO

Al grupo INTERNATIONALISM
Nueva York. Estados Unidos

Estimados camaradas:

No podemos responder sino afirmativamente a vuestra proposición de relaciones continuas, de información y de discusión, entre los grupos que pueden considerarse hoy como revolucionarios. Hacemos únicamente las observaciones que siguen:

1 - La condición primera de un grupo revolucionario, tanto como de una futura organización mundial, debe ser el internacionalismo, sin lo cual, ver en Rusia, China, etc., regímenes reaccionarios y capitalistas no tendría ninguna repercusión revolucionaria. Ha de ser pues el llamamiento al proletariado mundial contra los dos Bloques, tanto cuando colaboran como cuando luchan entre sí, y por consecuencia la denuncia de toda guerra o guerrilla, por muy anti-imperialista que se diga, cual la guerra de Vietnam, las guerrillas de América Latina, de Asia u otro sitio, lo que permitirá decir si un grupo u organización es o no es revolucionario.

2 - La oposición al reformismo considerada en vuestro texto como característica revolucionaria, significa poca cosa, vista la ausencia de una sola organización reformista en el mundo, y salvo explicación sirve más bien para confundir. En efecto, tal como vosotros lo decís se ve uno obligado a identificar el reformismo con el stalinismo, que no tiene absolutamente nada de reformista, incluso si se vanagloria de serlo, y también a los partidos dichos socialistas. Ahora bien, éstos últimos no son sino supervivientes en diferido del liberalismo burgués, siempre listos para administrar los asuntos de su capitalismo nacional, o bien para dejarse tragar por el stalinismo, para el cual el capitalismo de Estado totalitario constituye la meta consciente. De cierta manera, y en ausencia de geografización económica y política, la única que ha distinguido en el pasado al verdadero reformismo, se puede acordar la calidad de reformistas a las organizaciones trotskistas, puesto que se proponen depurar, o sea reformar el sistema ruso y sus imitadores. Son también ellas las que deselpeñan el papel oportunista

y capitulador antaño característico de la II Internacional.

3 - Falta en vuestra enumeración de puntos fundamentales de coincidencia algo no menos esencial en la hora actual que el internacionalismo, a saber, la actitud ante los sindicatos. ¿Puede tenerse por revolucionaria la política de una organización que vea todavía en los sindicatos uno de los elementos de la lucha de clase y que canalice hacia ellos el proletariado y sus propios militantes? En manera alguna, y cualesquiera sean, por otra parte, las posiciones de dicha organización y sus proyectos de acción en los sindicatos. Debe quedar establecido sin equívoco que en la medida en que los sindicatos son instrumentos de lucha entre las clases se sitúan al lado del capital contra el proletariado.

4 - La actitud crítica respecto de la III Internacional --la de los primeros años, se sobrentiende-- no puede tener significación muy positiva sino apoyándola en lo que fué su fondo histórico: la revolución rusa. Así pues, de lo que hay que hablar es de una consideración crítica de ésta. Y tendremos del mismo golpe la crítica del Programa de Transición de Trotzky, que de hecho resume la experiencia de 1917, sobrepasada desde largo tiempo.

5 - Nosotros no creemos que las huelgas salvajes por sí solas preludien una ofensiva revolucionaria mundial. Son muy importantes como reacción al dominio de la clase obrera por los sindicatos. Pero no rebasan los límites defensivos en una industria. Hay ahí, cierto, una facilidad para los revolucionarios de que no disfrutaban antes. De todos modos, es preciso que grandes masas obreras entren en acción contra el sistema capitalista y que entrevean siquiera vagamente la posibilidad y la necesidad de derrocarlo, para que aparezca un período revolucionario. El factor subjetivo es tan indispensable al desencadenamiento de la lucha como al éxito de la revolución; con esta diferencia: en el primer caso puede tratarse de una ilusión, mientras el desencadenamiento de sus luchas reales permite la transformación de la ilusión en realidad. Significamos así que la clase obrera puede, en tal caso, destacarse de las organizaciones que ella creía revolucionarias hacia otras que lo son realmente.

No obsta para que el enlace entre revolucionarios no deba esperar para establecerse a que empiece la lucha por el derrocamiento del capitalismo. Sin embargo, las condiciones de existencia actuales, los imperativos de nuestro trabajo revolucionario más urgente, nos impondrán, por un tiempo indeterminado, un límite bastante estrecho a todo trabajo práctico de traducción y de publicación de documentos de otros grupos.

Recibid, estimados camaradas, nuestros saludos fraternales.

Fomento Obrero Revolucionario
Núcleo M

LLAMAMIENTO Y EXHORTO A LA NUEVA GENERACION	1 franco
Pro SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA (bilingüe: español-francés)	9 "
LES SY DICATS CONTRE LA REVOLUTION	6 "
JALONES DE DERROTA: PROMESA DE VICTORIA (España 1930-39)	32 "

Pedidos y giros a: Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75018 Paris Francia

Recordamos a cuantos interese, que la mejor manera de ponerse en relación con nosotros desde España es a través de cualquier persona residente en el extranjero.

M A P A M U N D I P O L I T I C O

La crisis monetaria

¿Qué oculta la crisis monetaria? Haciendo deducciones torpes y estableciendo analogías con otras crisis monetarias de muy diferente naturaleza, casi todos los grupos revolucionarios vieron en ella el anuncio de una crisis de sobreproducción, "inevitable, inminente", etc., y además deseada por ellos. Fracaso completo de la predicción. Después del primer arrechucho monetario los negocios del capital mejoraron, hasta el punto de que los ministros de economía europeos temiesen que un aumento demasiado brusco del crecimiento industrial acelerase más de lo previsto el ritmo crónico de la inflación. En ese momento, principios de 1973, se produce un segundo arrechucho de la crisis monetaria. Por decenas de miles se cuentan los millones de dólares que fluyen hacia los bancos alemanes, japoneses y suizos principalmente y en menor cantidad a otros bancos de Europa occidental. Pero esta vez incluso la gran prensa reconoce que no se trata de un movimiento de especulación privada. Los trusts internacionales que intervienen en el movimiento especulativo están dominados por el capital estadounidense y operan con el beneplácito de Washington. Es decir que Washington juega contra su propia moneda: dólar contra dólar, vía conversión en marcos, yen, francos suizos etc. Así se ven esas monedas reevaluadas de hecho, cualquier precio paguen por los dólares en riada los bancos centrales, mientras el dólar se devalúa por bajo de lo decidido oficialmente. Se trata, en consecuencia, de una crisis monetaria intencional y dirigida por la cúspide financiera americana.

Pero jugar a la baja de su moneda es para Estados Unidos la manera más expeditiva de aligerar sus deudas, de no pagar una parte de ellas muy importante, determinada por la suma de porcentajes de devaluación del dólar y de reevaluación de las otras monedas, el marco y el yen en primer lugar. Japón y Alemania han vendido en los años últimos a Estados Unidos mucho más de lo que le han comprado. Ahora tienen que ayudarles a enjugar el enorme déficit de su balance comercial exterior. Ese es el motivo y el objetivo inmediato de la operación "crisis monetaria". Los acreedores resisten, claro, pero irán cediendo con estiras y aflojas, porque sus negocios se irían al traste si la economía americana diera de cabeza.

La solidaridad del capitalismo occidental, Japón comprendido, es cada día mayor. Nada tiene que ver con un hecho moral o psicológico. Es una solidaridad ramplona, pero tanto más férrea por tratarse de un entrelazamiento de capitales industriales y comerciales que los ata entre sí para mal y para bien. Sólo que en el conjunto, el predominio yankee ha ido acentuándose desde la guerra acá y continuará por el mismo camino gracias al automatismo de la acumulación ampliada del capital. Tal economía nacional boyante, conocería suerte muy distinta sin las inversiones y la propulsión comercial de Wall Street. En última instancia, será siempre Washington quien decida.

Es probable que en forma retenida entre arrechucho y arrechucho, la crisis monetaria se prolongue hasta la realización del proyecto de desmonetización del oro, o hasta la adopción de un sola moneda para toda la economía occidental, más el Japón. Desde los acuerdos de Bretton Woods, a raíz de la guerra, el dólar era la única moneda con talón oro. Las divisas de los países signatarios del acuerdo eran referidas al dólar y transformándose se en él únicamente podían adquirir el codiciado metal. Suspendiendo por decisión autoritaria el respaldo oro de sus billetes de banco, los Estados Unidos los imponen como talón obligatorio de las demás monedas, maniobra de fraude que le consiente llevar a cabo su potencia económica, red comercial comprendida. Ahora bien, la desmonetización permanente del oro conferiría al dispositivo americano una capacidad de decisión unilateral mucho mayor, como está viéndose en este período, de prueba probablemente, pero en cambio, la tesorerización del oro en barras o en joyas por los particula-

res y por los gobiernos tomaría proporciones fabulosas y terminaría amenazando gravemente la economía. Ya en estos días, la onza de metal amarillo anda por los cien dólares, cuando el precio oficial, hace meses, era todavía de 34 y ahora de algo más de 40 dólares. El hecho está lejos de explicarle la demanda industrial y suntuosa. Es que el oro como simple materia prima y de ornamento es cosa reservada a una sociedad sin explotación. Los Estados Unidos han suministrado ya la prueba onerosando sus reservas de lingotes al mismo tiempo que suspendían la convertibilidad del dólar.

El único problema para todos los países concernidos es este: ¿quién vende a quién?, o, ¿quién vende más que compra? No puede resolverse sino comprimiendo a los débiles para dejar expansión a los fuertes. Y la relación ha venido a ser tal, que débiles son, frente a Estados Unidos, Alemania, el Japón, el occidente industrializado en general, no digamos los demás países. La solución está en el núcleo del sistema, en una distribución internacional que anule la venta y con ella las balanzas comerciales. El capitalismo se atasca y atasca a la humanidad en su capacidad productiva, mientras que el consumo de los hombres absorbería muchísimo más de lo que él produce si no estuviese sujeto a la compra, previa venta de la fuerza de trabajo. Precisamente por haber sido provocada, la crisis monetaria acusa lo estragado de un sistema que retiene a la humanidad en niveles de consumo inferiores.

Chile

Hemos dicho en números anteriores de Alarma que el conflicto entre la derecha tradicional y la coalición gobernante no es un conflicto entre explotados y explotadores. Disputan entre sí tan sólo por lo que cada bando cree ser la mejor organización y representatividad del capitalismo nacional. Desde que se encuentra en el poder, la coalición populista ha ido confirmando nuestra afirmación, de manera trágica para las masas trabajadoras chilenas. La transición legal hacia lo que Allende con sus stalinistas y sus cristianos llama socialismo, es una derivación del capitalismo privado hacia el capitalismo estatal. En las industrias nacionalizadas, los obreros representan tan poco ahora como antes; ahora como antes se les pide, se les impone siempre que resisten, producir más y reivindicar lo menos posible. La dirección de las industrias estatizadas es confiada en numerosos casos a jefes superiores del ejército, y eso desde antes de que Allende le confiase el mantenimiento del orden y abriese a varios generales las puertas de su gobierno. Según noticias de fines de enero, el mismo ejército se ocupara en lo sucesivo de la lucha contra el mercado negro y aconsejará al gobierno en asuntos económicos (Le Monde 23-1).

El ejército por todas partes, como en plena reacción. El y la policía han disparado en múltiple casos contra huelguistas industriales y agrícolas, así como contra invasores de latifundios. Y mientras los gobernantes hacen a los trabajadores el chantaje de la lucha anti-imperialista, en nombre de la cual les piden continuamente sacrificios, el imperialismo americano remite armas al ejército chileno. Será éste, en última instancia, el que decida si se llega hasta un capitalismo de Estado más o menos completo o mixto de capitalismo privado. La garantía que él representa, tanto para el gobierno como para Washington, es, de todo en todo una garantía contra la acción revolucionaria de los trabajadores.

Toda comparación entre la situación de Chile y la de España de febrero a julio de 1936 es errada y conduce a una interpretación oportunista de lo que está aconteciendo. En Chile el ejército se presenta como el respaldo de una supuesta «acción socialista gubernamental» que él sabe ser de concentración capitalista, porque abundan las experiencias mundiales. Y ninguna organización ha denunciado el hecho como una estafa hecha a los trabajadores. En España los trabajadores veían en el ejército un enemigo a aniquilar, la idea de revolución social estaba muy extendida, siquiera vagamente, y muy concretamente en minorías. Esa oposición causó la insurrección obrera del 19 de julio que aniquiló al ejército en casi todo el territorio peninsular. Ojalá hiciesen otro tanto con su

ejército nacional los trabajadores chilenos. Mientras las masas no vean en el gobierno Allende un enemigo de clase y en el ejército una institución a disolver, estarán a merced de ambos y la situación no tendrá punto de comparación con la de España en 1936. A falta de ello, los trabajadores serán presa de la apatía y la indiferencia, cuando no del asco. Soportarán entonces pasivamente cualquier forma de capitalismo.

R U S I A

"El matemático Leonide Plyuchtch, detenido hace un año por actividades antisoviéticas, ha sido condenado, el 30 de enero, al internamiento en un hospital psiquiátrico por tiempo indeterminado". Cables de tan monstruoso porte (*Le Monde* 1-2) serán casi cotidianos si el gobierno ruso no operase secretamente y si la gran prensa mundial fuese menos complaciente con él. En el vasto territorio ruso, un número indeterminado de personas son condenadas sin cesar por actividades "anti-soviéticas", mientras la mayoría de las publicaciones del capitalismo occidental hacen el juego de la represión, limitándose a informar cuando los condenados son "personalidades". Así se da el caso de que en el extranjero se conoce mejor la represión en España, en Grecia, en Africa del Sur, en Rodhesia o en Brasil, que en Rusia.

Por otra parte, la represión es incesante desde hace bastantes años en Ucrania, Georgia, los países bálticos y otras nacionalidades, donde la falsa autonomía nacional ha dado origen a un recrudecimiento del nacionalismo. En Lituania --informa *La Crónica*, publicación clandestina rusa-- la primavera pasada se suicidó por el fuego un obrero joven, Román Kalanta. Lo hizo ostentadamente, delante de la representación gubernamental de su ciudad, Kaunas, después de haber escrito: "más vale morir que vivir como hasta ahora". Una manifestación espontánea partió poco después del domicilio de Kalanta, gritando "¡Libertad!" y "Lituania". Fue disuelta a porrazos por la policía, que detuvo 400 personas maltratándolas en sus locales a estilo franquista. Ocho "culpables", cuatro obreros, una mujer y tres estudiantes, fueron condenados a penas de trabajo forzado de 1 a 3 años.

El suicidio como protesta, --lo hemos dicho cuando ocurrieron casos iguales en Checoslovaquia-- da idea de las condiciones de desesperación en que viven la mayoría de los habitantes. Pero quienes luchan no por "su" país, sino por la revolución mundial, encuentran en su propia actividad una poderosa razón de vida, por mucho que la represión se encarnice con ellos. La propia muerte en combate, aunque sea en la lóbreguez ignota de los calabozos policíacos, es mil veces más fecunda y, cabe decirlo, más satisfactoria que el suicidio, por muy espectacular que sea.

Como en tiempos del zarismo, el nacionalismo dentro del imperio moscovita vuelve a ser un primer estremecimiento, por la vía del menor esfuerzo, de un vasto movimiento revolucionario en gestación. Circunscritos al patriotismo, los nacionalismos actuales irán siendo dominados. Más aún suponiendo que triunfasen no podrían dar origen sino a nuevos países de tan falaz independencia como cuantos hemos visto surgir en los territorios coloniales. En Rusia como en Occidente, el porvenir corresponde a la revolución proletaria, de carácter mundial y no nacional. Es ahí donde la responsabilidad de los Yakir, Bukovsky, etc., entra en juego gravemente. Ellos mismos (proceso en fabricación por la alta policía), desempeñarán un papel oportunista y negativo, si no denuncian el sistema, quienquiera lo gobierne, como contrarrevolucionario, y si no llaman a destruirlo con todas y cada una de sus instituciones. Hay que acabar con las farsas del "respeto a la legalidad soviética", porque aún respetada seguiría siendo reaccionaria. Sólo actitudes así permitirían arrastrar al conjunto de los trabajadores hacia un movimiento subversivo comunista, lejos del nacionalismo.

H U N G R I A

Uno de esos enviados de *Le Monde*, tan especiales como reverentes ante "los países socialistas", se ha tomado la molestia de ir allí para contar-nos que la juventud es un grave problema para el gobierno, que está fasci-

nada por el Occidente, que la prostitución se extiende, que el gobierno está poco contento del "gran aliado", su tutor ruso, hasta el punto de confesar que lo que Rusia acepta como intercambio económico no conviene a Hungría, y lo que conviene a Hungría no lo acepta Rusia. Pero, lo más especial de esos enviados es que no se permiten ver mucho más de lo que quieren que digan los gobiernos de los países visitados.

Quienquiera ha pasado un par de semanas de vacaciones por esas latitudes ha visto y puede decir mucho más. Por ejemplo, que la atracción ejercida por el Occidente es al mismo tiempo odio a Rusia y al gobierno local, sin ser en modo alguno tendencia pro-capitalista; que la prostitución es producto de la miseria material y de las miserables relaciones humanas características del régimen; que todos los defensores extranjero de tales regímenes, siquieran críticos, son vistos con desconfianza; que el régimen alimenticio de la población es pobrísimo y que en restaurante para comer medianamente hay que pagar precios de lujo; que la clase obrera pasa una vida de perros y ve con aversión a cuantos representan al gobierno, desde el liderzuelo local hasta los ministros y el Partido como organismo; en fin, que la apatía y el apoliticismo aparentes se transforman en lo contrario con cualquier pretexto.

No existe un sólo gobierno stalinista que no se sienta tan o más frustrado que el húngaro por "el gran aliado socialista". Más de uno pediría de buen grado cobijo en la órbita occidental, si no estuviesen todos encañonados por el ejército ruso, pues ninguno tiene las dimensiones territoriales de China que imponen retención a Moscú. Los trabajadores nada ganarían con el cambio de órbita. Pero ha de llegar un momento en que se subleven simultánea o sucesivamente en la mayoría de esos países, derroquen a sus gobiernos, ganen a su causa a los soldados rusos e instauren su propio poder. Un movimiento revolucionario de conjunto, no sólo echaría por tierra a la contrarrevolución rusa, sino que se extendería hasta el confín occidental y oriental.

C H I N A

El acercamiento chino-americano es mucho más estrecho de lo que admiten las declaraciones oficiales por ambos lados --dijimos en un número anterior. Día tras día, declaraciones y actitudes van siendo más explícitas. Uno de los altos funcionarios del Departamento de Estado, Sullivan, declaraba a finales de enero que la presión china sobre sus amigos vietnamitas había sido decisiva para la conclusión del acuerdo de París. El mismo mes, un periodista del Japón recogía de boca de Chu En-lai las siguientes palabras: "Por el momento el Japón tiene necesidad de la protección nuclear americana. Le es indispensable conservar el Tratado (con Estados Unidos). Puede tener necesidad de él en el marco de sus relaciones con la Unión Soviética, pero no en el de sus relaciones con China. No le serviría para nada al Japón pasar de la protección nuclear americana a la china, porque nuestras armas nucleares no son de carácter ofensivo". ¡Y viva el tigre imperialista con todas sus zarpas atómicas!

Complementariamente, China apoya hoy en Europa occidental cuanto sea o pueda ser hostil a Rusia, comprendida la presencia militar americana y apoya esa misma presencia incluso en Asia. Y como al mismo tiempo Chu En-lai denunciaba (Le Monde 20-1) el despliegue de importantes fuerzas militares rusas en la frontera con Mongolia, el todo es tanto como dar a entender que China también tiene necesidad de ampararse tras la adarga nuclear yankee. El último viaje de Kiessinger a Pekín no deja lugar a duda sobre la existencia de un acuerdo que no se limita a lo económico, por muy amplio que tal aspecto pueda ser, sino que alcanza por lo menos a una neutralidad de Estados Unidos benevolente para China, caso de ataque ruso. Así se preparan las alianzas militares.

De rebote, el Vietnam norteño acoge con los brazos abiertos al "enemigo" Kiessinger, que ofrece un chorro de millones de dólares "para la reconstrucción", mientras China, no ajena a ese viaje, induce Hanoi a

tender la mano. ¿Cuanto ofrece Rusia por su lado? Lo ignoramos. La cosa cae por el momento dentro de las negociaciones secretas que determinarán el reparto final de Indochina. Está claro, sin embargo, que a los jefes del Norte los ojos se les van tras los dólares, como lo demuestra, para quien sepa interpretar, su declaración oficial sobre la necesidad de tomar medidas enérgicas para que todos los partícipes de la guerra respeten el Alto el fuego.

Nada de lo anterior es para asombrar a un revolucionario, puesto que todas las partes son capitalistas y por ende reaccionarias. Pero hay que denunciar muy alto el vergonzoso papel de cuantos han presentado esa guerra como algo revolucionario, particularmente, en España, los imitadores de la Liga Comunista francesa.

- - - - -

LA IV INTERNACIONAL Y NOSOTROS

(El documento que sigue fué publicado en Revolucion, noviembre 1948, ya consumada de hecho nuestra ruptura con la IV Internacional. Servirá de información a los camaradas de España.)

Alarma

Recientemente, el Secretariado de la IV Int. ha dado cuenta, en su Servicio de Prensa, de la celebración de una conferencia española a la que asistieron "algunos ^{miembros} de la sección". En ella fué decidido, bajo la autoridad tu telar del Secretariado Internacional, que la "sección española de la IV Internacional continuará con los camaradas que acepten aquel dicho principio". ¿Cual? El principio consistente en mover la cabeza de arriba abajo para ahorrarse la necesidad de decir si. En suma, el S.I. y sus seis contertulios de la conferencia (ni uno más ni una menos, ninguno delegado) han decidido que la sección española continuará con quienes se sometan a su disciplina y pongan en práctica su política. No obstante, sabiendo bien que nosotros, la abrumadora mayoría de la sección, nunca aceptaremos el tal "dicho principio", la tertulia-conferencia no ha decidido expulsarnos, ni tampoco no expulsarnos. En realidad, el S.I. ha querido expulsarnos prácticamente sin comprometerse formalmente. Contra la voluntad de la sección española, sabiendo de antemano que nadie más que seis acudiría a su triste llamado, convocó la conferencia, sin otro objeto que dar por buenas sus principales tesis y sentar tácitamente que quienes no acuden a una convocatoria del primer organismo dirigente no pertenecen a la IV Internacional. Quiere obtener resultados sin tomar decisiones comprometedoras.

Si no se tratara más que de los seis de la tertulia-conferencia, apenas valdría la pena hablar. Pero tras esa combinación orgánica se oculta un hecho gravísimo, la crisis ideológica de la IV Internacional, que el S.I. cree poder anular negándola, así como la lucha contra el oportunismo imperante en los organismos dirigentes, que viene sosteniendo la sección española, cosa esta que el S.I. ha querido eliminar con su conferencia.

"Se trata de la dirección que ha de tener la IV Internacional, si oportunista o revolucionaria" --hemos dicho en respuesta a la convocatoria del S.I. Y ciertamente, ninguna combinación, maniobra orgánica o medida disciplinaria impedirá que el conflicto se manifieste y se resuelva de una manera u otra, tarde más tarde menos, en escala internacional.

El nervio del conflicto general ideológico entre nosotros y la dirección mundial, lo constituye el internacionalismo proletario y la naturaleza de Rusia y el stalinismo. De ahí irradia toda una serie de divergencias tácticas que se extiende, con mayor o menor amplitud, a casi todos los problemas, comprendiendo la autoridad de los actuales organismos dirigentes de la Internacional (C.E.I. y S.I.), las facultades que en principio han de tener y la validez del congreso mundial. En efecto, durante la reciente guerra imperialista, el partido trotskista americano abandonó el derrotismo revolucionario, poniendo en práctica, en cambio, una política antifascista semejante a la del POUM. Debió llamar a la lucha contra su propio

gobierno, pero no hizo más que llamar a la lucha contra Berlín, con la fraseología pequeñoburguesa del antifascismo. El partido americano no luchó contra la guerra; se limitó a criticar los métodos bélicos de su gobierno, guiado por este lema general: "transformación de la guerra imperialista en verdadera guerra contra el fascismo". El pensamiento revolucionario, particularmente con Liebknecht y Lenin en 1914-1918, ha dirigido siempre su sarcasmo contra un internacionalismo que se manifiesta luchando principalmente contra el enemigo de su propio gobierno. Esa política es centrista y ha de ser severamente condenada por los revolucionarios.

Desgraciadamente, el congreso mundial reunido en abril sin ninguna discusión seria de los problemas esenciales, validó el abandono del derrotismo revolucionario, dando así al oportunismo, hasta entonces mero contrabando, derecho de ciudadanía en los organismos dirigentes de la IV Internacional. Si la IV Internacional continúa todavía agarrada a la "defensa incondicional de la U.R.S.S.", se debe, en gran parte, al abandono del derrotismo revolucionario durante la guerra. Una política revolucionaria hubiese sentido, incluso fuera de todo análisis, la incompatibilidad entre las necesidades inmediatas de la lucha y la defensa del régimen ruso. Por el contrario, una política oportunista encontraba en la defensa del régimen "socialista" o "progresivo" existente en Rusia una excusa y una razón para abandonar el gran lema internacionalista: "El enemigo está en el propio país". Empujados por la lógica interna de esa línea, la mayoría de los delegados al congreso mundial aprobaron una resolución política ("Las tareas de la IV Internacional") radicalmente falsa y profundamente oportunista. Baste decir que la contradicción entre Rusia y Estados Unidos es considerada en ella como la principal del mundo actual y, claro está, positiva del lado ruso. La lucha de clases aparece así como un factor subordinado o auxiliar de los intereses rusos. Ninguna organización que se inspire en esa resolución podrá poner en práctica una política enteramente revolucionaria.

En suma estamos en divergencia radical con los organismos oficiales de la IV Internacional, en todas las cuestiones importantes, y en manera alguna estamos dispuestos a seguir su política por disciplina. Un congreso de la sección española se elevó contra ella y decidió no seguir más disciplina que la propia, puesto que la política oficial es francamente oportunista e impotente. Pero no nos limitaremos a eso, sino que hacemos llamamiento a todos los organismos y militantes del trotskismo mundial contra la disciplina del C.E. y el S.I. Lo que ha sido llamado congreso mundial no tiene ninguna validez, por la ausencia casi completa de discusión de los problemas básicos, y por la forma burocrática y limitada de las representaciones. Los actuales organismos dirigentes están destruyendo todas las posibilidades revolucionarias del trotskismo. Sin una reacción rápida y enérgica de los grupos y secciones, la IV Internacional será convertida en un miserable POUM cualquiera. Invitamos a los grupos y militantes a concertar su acción con nosotros.

Noviembre 1948

La redacción de REVOLUCION

Todo pedido, carta o envío a:

Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75018 Paris Francia